

*Señor Rector Magnífico de la Universidad Miguel Hernández,  
vicerrectoras, vicerrectores, decanas y decanos,  
miembros del Claustro Universitario,  
autoridades, personal docente, estudiantes,  
personal de administración y servicios, protocolo,  
señoras y señores*

Muchas gracias a José Luis González, mi padrino en este magnífico acto, primer impulsor de la idea. Muchas gracias al Departamento de Ciencias Sociales y Humanas y a todos aquellos implicados en la decisión de nombrarme doctor honoris causa por la Universidad Miguel Hernández. Se trata de una grandísima distinción, un reconocimiento. Estoy muy agradecido.

Espero que no sea el último, ahora que empiezo mi tercera biografía, porque la vida es una sucesión de biografías: una, dos, tres, depende de la suerte y de la salud. En ellas construimos nuestra historia, con la que anhelamos dejar huella o, al menos, un buen recuerdo.

Un doctorado honorífico era impensable para un estudiante como yo. En mi primera biografía logré el mérito de repetir curso en cada tramo del plan de estudios que me tocó en suerte: Primero de Primaria, Tercero de Bachillerato Elemental, y Sexto de Bachillerato Superior, curso en el que suspendí casi más asignaturas de las que había, porque arrastraba dos de Quinto.

Tengo pocos buenos recuerdos del colegio Chamberí, de los Hermanos Maristas, y muy pocos de El Prado, del Opus Dei, una descabellada idea de mis padres que me ha ahorrado conflictos con el Más Allá y los Entes Metafísicos Superiores, en los que no creo... Gracias a dios.

Pese a mi nulo éxito escolar, adquirí los valores de la tolerancia y la empatía, la curiosidad y la tenacidad, indispensables para ejercer periodismo. De mi padre recibí el valor de la honestidad, aunque nos pasamos la vida en guerra por la severidad de su educación y sus ideas políticas. Heredé de mi madre el don de la rebeldía, y con él sigo. Forma parte de mi ADN.

De aquel calvario de suspensos —calvario para mis padres— rescato al sacerdote Javier Andreu, que me impartió clases de Literatura en mi segundo Tercero de Bachillerato. Fue una bocanada de aire fresco en una España en blanco y negro. Tenía la pasión de enseñar. Él y Bernardo Arribabalaga, *Arri*, periodista, escritor y padrastro de una amiga del barrio, me insuflaron la avidez de aprender. *Arri* me guió en mis lecturas de Thomas Mann y Franz Kafka. Fueron mis primeros rescatadores. Después vinieron muchos más. Algunos están hoy aquí. Siempre me sentí un náufrago afortunado.

Descubrí demasiado tarde el placer de saber, de ahí mi cultura desordenada, repleta de lagunas. En COU tuve otro profesor extraordinario. Pese a que su disciplina era la Historia, nos ponía música y proyectaba diapositivas de cuadros y edificios. Aprendí que todo estaba relacionado: pensamiento, dioses, literatura, música, pintura, arquitectura.

La información internacional estaba en mi árbol genealógico. Mi madre es británica; mi abuela materna, normanda; y mi abuelo materno, luxemburgués. Mi familia extranjera fue una ventana de libertad y tolerancia frente a la España negra del franquismo.

Hice prácticas en 1980 en *El Heraldo de Aragón*, durante el servicio militar, que entonces era obligatorio. El redactor jefe, José María Doñate, me envió al otro lado de la calle a entrevistar a un profesor de Derecho, Leandro Ruíz, experto en Asia Central. Estuvo dos horas hablando de Afganistán y del choque de los imperios británico y ruso en el siglo XIX. Al terminar, le pregunté:

¿qué debo hacer para saber tanto? “Tener claro el marco, todo lo demás son perchas”. Fue una lección. Como lo fue la frase de Juan José Porto, mi primer jefe en Pyresa: “Saluda a todo el mundo cuando subas la escalera porque te los volverás a encontrar al bajar”.

Ryszard Kapuściński hablaba de buscadores de contextos. Nuestro trabajo es comprender el espacio en el que se mueve una realidad compleja. Se obtiene desde el conocimiento y la experiencia, la nuestra y la de los demás, gente real que padece los problemas de los que hablamos y escribimos. Existe una escucha profunda que demanda estar en los sitios en los que suceden cosas. No se puede escribir sobre desahucios sin la voz de los desahuciados. No se puede escribir de migrantes sin saber de qué huyen y cuál es nuestra responsabilidad.

Nunca sentí el periodismo como un trabajo, sino como una pasión que arrancó a los 14 años. Gabriel García Márquez lo elevó al “oficio más hermoso del mundo”, y Ernest Hemingway, como el mejor de los posibles... si lo sabes dejar a tiempo. Chesterton, siempre desmitificador, dijo que el periodismo consiste en anunciar que Lord Jones ha muerto a personas que no sabían que lord Jones estaba vivo.

Si la primera biografía se nutre del aprendizaje escolar (y de los suspensos), y la segunda se desarrolla en la profesión elegida, la tercera es la oportunidad de subir nota, como sostiene Bru Rovira. Este honoris causa es un excelente comienzo.

Para Larry Collins, un buen reportaje debe tener color, olor y sabor, es decir, polvo en los zapatos. Robert Capa habló de cercanía, “si la foto no es suficientemente buena es que no estás lo suficientemente cerca”. No es solo proximidad física, es imprescindible una proximidad emocional y ética. Mi emoción permite conectar con la de los demás, ser confiable como receptor, pero al escribir debe desaparecer, porque solo importa la suya, la que sostiene la historia.

Hablé también de cercanía ética porque no cabe la neutralidad ante las violaciones de los derechos humanos. Tomar partido por las víctimas —todas las víctimas sin importar banderas, países e ideologías— no es lo mismo que ser militante. Uno puede informar de los éxitos de la industria armamentística o de la bala que mata. Eso es una opción ética.

No creo en la objetividad, sí en la honestidad, en el empeño de presentar la realidad de forma justa y equilibrada para que el ciudadano saque sus conclusiones. No existe la objetividad porque somos seres subjetivos: tuvimos infancias, lecturas, amores y desamores, duelos y experiencias diferentes que marcaron nuestra mirada. Cuando informaba desde el cerco a Sarajevo en los años noventa, una amiga me regañó: “Escribes historias horribles sin esperanza”. Me impactó tanto que siempre busco una salida para que el lector y yo podamos respirar. La esperanza es el motor de cualquier rebeldía. Lo es para mí, y lo fue para tres de mis amigos muertos: Miguel Gil, Julio Fuentes y Ricardo Ortega, tan querido en esta universidad. Los echo mucho de menos, siempre nos quedará su ejemplo.

Hace poco me preguntaron, ¿ahora qué haces? Es una cuestión recurrente desde el despido masivo en el que fui incluido en 2012. Ese “ahora” me irrita porque me niega una existencia individual. Somos dentro de algo: empresa, partido político, tribu, equipo de fútbol, familia o pareja. “Ahora vivo del cuento”, respondí. Sé que molesta. Peor sería confesar que estoy permanentemente de vacaciones con pequeñas interrupciones laborales.

Acabo de cumplir 65. He viajado por decenas de países, muchos destrozados por guerras, la codicia y el comercio de armas, en el que España no es inocente. Arrastro heridas invisibles. Siento una gran soledad en el dolor de haber sido testigo de injusticias, hambre extrema, maltrato de mujeres e infancias robadas, y no haber podido hacer nada por evitarlo. Decía Elder

Cámara que cuando permaneces mucho tiempo en contacto con la miseria acabas preñado de ella. Le pasó a él, que fue el obispo de los pobres en Brasil, y me ha pasado a mí, que he sido un mirón de la desgracia ajena con billete de ida y vuelta.

También he acumulado regalos, historias de personas extraordinarias que no se rinden, que luchan, migran y cumplen sus sueños. Ellos me han construido como persona, me han regalado el privilegio de sentirme colmado en mi segunda biografía, y de ser, tal vez, útil a la sociedad.

La pobreza no es un accidente, ni un castigo, es la consecuencia directa del saqueo sistemático por parte de empresas, gobiernos y personas que vivimos en el Primer Mundo. ¿Se han preguntado de dónde sale nuestra electricidad? ¿Por qué el agua de nuestros retretes es más salubre que la que beben millones de seres humanos? ¿De dónde procede el coltan que recubre las baterías de los móviles? Sabemos que existen los diamantes de sangre. Deberíamos saber que existen la soja y la madera de sangre que mata la Amazonía y otras selvas tropicales.

El buen periodista contextualiza, jerarquiza y comprueba la información. En la Escuela de Periodismo de Columbia tienen una norma: "Si tu madre te dice que te quiere, compruébalo". El buen periodista no copia y pega, y menos sin citar la fuente, no repite como un papagayo lo que dicen políticos y empresarios sin discutir una coma. Un buen periodista es un artificiero que desactiva mentiras, no un propagador de falsedades.

Sé que la mayoría sobrevive en redacciones precarias, sometida a contratos basura, si es que los tienen, y con sueldos de repartidor. La situación es aún peor fuera de Barcelona y Madrid. Aún así no podemos renunciar a tocar las pelotas al poder, a cualquier forma de poder.

Debería ser obligatorio que los medios de comunicación publiquen de manera destacada quiénes son sus accionistas, y cuánto pagan por una foto de Siria, porque también existe un periodismo de sangre, el de los *freelance* sin derecho a que les cojan el teléfono. Es una información esencial para el ciudadano, saber si están ante un medio que les cuenta lo que pasa de manera honesta, o ante una empresa que defiende los privilegios de sus accionistas.

El ciudadano debería esforzarse en diferenciar el buen periodista del vocero de las cloacas, y pagar por la información de calidad. Detrás del gratis total se esconden los manipuladores, la propaganda y los corruptos. Los periodistas profesionales sometidos a un compromiso hipocrático con los hechos comprobados somos más necesarios que nunca.

He tenido el privilegio de bailar durante 20 años, o quizá más. Me tocó el final de la edad dorada del periodismo: los grandes viajes, la intimidad del reportero sin la molestia de los teléfonos móviles y la distorsión de las redes sociales. Viajábamos con los gastos pagados y sin límite de tiempo. Estaba en plantilla, y tenía un buen sueldo. Todo eso ha desaparecido. Hoy se viaja bajo patrocinio de empresas privadas y onegés no más de una semana, y con el titular en la maleta. Hay excepciones, pero la mayoría son freelance.

En 2008 se detuvo la música en Wall Street. Llegó la crisis, los recortes, el ahorro por encima de las noticias, los despidos. La desgracia es tener hoy 40 o 50 años, saber que nunca vas a bailar. Para los jóvenes es diferente, tienen tiempo: volverán los grandes reportajes y las apuestas audaces como la revista 5W. Para conseguir que paguen por nuestro trabajo solo necesitamos ser útiles y tener credibilidad, cualidades incompatibles con la obediencia ciega.

Si regresara a los 18 años volvería a ser periodista. No para cambiar el mundo, que ese es el trabajo de la sociedad civil y el de los gobernantes, sino para soñar en que se puede cambiar.

Estoy muy agradecido a las personas que pasaron por mi vida, fueran padres, abuelos, profesores, jefes, compañeros y amigos. Malgasté muchos años entre suspensos y aburrimiento escolar, sin la información esencial, “saber te hace libre”. Estoy en el inicio de mi tercera biografía, de camino a la vejez, convencido de que he vivido lo suficiente como para exclamar “esto ha merecido la pena”. Soy un náufrago y un privilegiado que se beberá muy despacio la botella medio llena porque sé que lo mejor está aún por llegar.

Muchas gracias.